

## INTRODUCCIÓN

El ámbito de lo estético es un ámbito amplio. En su seno cabe situar distintas disciplinas (lo artístico, la crítica de arte, la estética filosófica) cuyas fronteras no están bien definidas. Sin embargo, se puede identificar en ellas un rasgo genérico, un carácter que las subyace y que nos permite agruparlas en un tronco común. Se trata de una experiencia íntima, en cada caso con sus particularidades específicas, pero que permite cierta conexión, sin caer en confusión. El filósofo estético no debe entrometerse en el trabajo del artista, todo lo contrario: antes que una persona entrometida es un contemplador, un admirador suyo y de su obra, pero que a menudo es capaz de percibir matices en su trabajo que escapan al propio artista e incluso también al crítico, ofreciendo unas apreciaciones que, si bien se centran en el arte y su belleza, fácilmente se extienden hacia un ámbito de realidad más amplio no reducible únicamente a lo artístico. Lo estético, como un modo de encuentro entre el ser humano y la realidad, nos lleva a consideraciones antropológicas y metafísicas más extensas, desde las cuales poder atisbar resonancias estéticas en otros ámbitos ajenos a los estrictamente artísticos.

Quizá se piense que esto vaya en contra de lo que en principio se entendía específicamente por disciplina estética, cuando Baumgarten acuñó este término para hablar de un modo diferente de conocimiento —el conocimiento sensible— que comprendía la percepción de lo bello, y que por ende se reducía al ámbito de la belleza y en concreto del arte<sup>1</sup>. Pero, más allá de esta acepción, el caso es que el objeto de la estética no es un lugar común entre los propios filósofos. Tal y como ya decía Platón al final de su *Hippias mayor*, “*las cosas bellas son difíciles*”. En ella tiene mucho peso la reflexión sobre lo bello y sobre lo que pueda

1 Cf. I. YARZA; *Introducción a la estética*, 9.

aportar el objeto artístico —como no podía ser de otra manera—, pero en la actualidad se le adscriben perspectivas más amplias<sup>2</sup>.

Una prueba de que lo estético no se reduce a lo artístico se aprecia en el hecho de que a lo largo de la filosofía del siglo XX se suele acudir a la estética como acceso a este otro ámbito tan difícil de conceptualizar filosóficamente como es el de lo vital, el del propio ser humano en su ‘hacerse’ como tal; o también al de los procesos dinámicos de la realidad. Es complicado articular filosóficamente un ámbito que de por sí se resiste a la conceptualización, precisamente a causa de su dinamicidad intrínseca. Se hace preciso, pues, acudir a otro tipo de categorías que permitan acercarse a estas realidades diversas sin perder rigor ni lucidez. Una vía para ello nos la proporciona la reflexión estética entendida en sentido amplio<sup>3</sup>; reflexión en la que cabe no sólo el ejercicio de la inteligencia, de la reflexión teórica, sino también y de forma relevante el ejercicio de la afectividad como facultad humana con tanto ‘derecho’ a ser considerada ‘apta’ como aquélla.

En la tradición filosófica española tenemos la suerte de contar con figuras que nos aproximan a esta reflexión, más de las que podamos pensar en un principio. En este libro se presentan cuatro autores, cuya elección no fue ciertamente difícil. Más difícil fue dejar fuera a otros, pero por motivos comprensibles no se podía atender a todos. Los autores escogidos fueron Miguel de Unamuno, Eugenio d’Ors, José Ortega y Gasset y María Zambrano. Los factores que decantaron la decisión se pueden resumir en dos: su relevancia intelectual en nuestra tradición contemporánea, y el hecho de que en sus planteamientos intelectuales la estética filosófica se encontraba especialmente presente.

En primer lugar, parece inevitable escoger al que puede ser considerado como el filósofo español contemporáneo de mayor calado: me refiero a José Ortega y Gasset (1883-1955). Cómo no, también fue sencilla la elección de aquél que dio un impulso fundamental al pensamiento filosófico del siglo XX en nuestro país: Miguel de Unamuno

2 Tal y como nos explica V. M. Tirado (*cf.* V. M. TIRADO SAN JUAN; *Teoría del arte y belleza en Platón y Aristóteles*, 13-15).

3 Se me ocurren también la *intuición* de Bergson, la *filosofía del espíritu* de Dilthey o la propia *fenomenología* heideggeriana, enfoques por otra parte que tampoco parecen desvinculados ni mucho menos de la estética.

(1864-1936). Unamuno fue un pensador cultivado, cuya aportación a la reflexión española es de indudable importancia, sobre todo por el momento histórico-cultural en que se dio y por su modo singular de hacerlo. No es desde luego un pensador que deje a nadie indiferente. Eugenio d'Ors (1881-1954), por su parte, es un autor quizá menos conocido en los ámbitos estrictamente filosóficos pero que, a aquel que no lo conozca previamente, sin duda le va a sorprender gratamente. Es cierto que sus aportaciones filosóficas no fueron demasiado numerosas, pero cabe destacar su empuje cultural a la España de la primera mitad del siglo XX. Por último, se ha optado por la filósofa malagueña María Zambrano (1904-1991) una autora que, si bien se sitúa a la estela intelectual de sus maestros Ortega y Zubiri, no cabe duda de la originalidad y riqueza de su reflexión propia, especialmente en el tema que nos ocupa. Su aportación a la estética filosófica es muy interesante.

A cada autor se le ha dedicado un capítulo. La dinámica ha sido similar en todos ellos. Se comienza con una somera introducción a sus respectivas ideas generales, apelando a la línea global de pensamiento que subyace a todas ellas. No se tratará de una mera exposición, sino que esta aproximación se hará atendiendo a las características particulares de cada uno, fiel a su obra filosófica, pero presentada en clave estética, es decir, intentando realizar una exposición a la luz de la temática de este libro. Acto seguido se expondrán sus respectivos planteamientos estéticos, a menudo difíciles de separar de sus planteamientos filosóficos globales. Por último y a modo de conclusión, se ofrece un balance para reflexionar sobre sus aportaciones estéticas.

Mi anhelo no es otro que usted, querido lector, pueda disfrutar leyéndolo tanto o más como un servidor lo ha hecho trabajándolo y escribiéndolo. Si esto ocurriera, me sentiría ampliamente gratificado, y con la esperanza de que lo que en él se expone pudiera contribuir de alguna manera a la expansión del conocimiento de la filosofía española, así como a su desarrollo.

Alfredo Esteve Martín